Violeta

Cristina González Sebastián

Image not found.

Capítulo 1

Oviedo, 14 de julio, 2019.

¿Todo esto es real? Desde el 3 de julio Violeta se hacía la misma pregunta cada día.

Nadie nace sabiendo cómo afrontar una ruptura y tampoco existe un remedio milagroso que nos alivie el dolor y la ansiedad de perder a esa persona. ¿Cómo se puede asimilar que ya no te quiere en su vida y que ya no le importas? Ella estaba comenzando su duelo con muchos miedos e inseguridades que de pronto, tras colgar el teléfono y despedirse de quien apenas unas horas atrás la había dicho te quiero, habían aflorado de la nada y amenazaban con quedarse mucho tiempo.

No era solo dolor, también una necesidad abrumadora invadía su cuerpo a medida que pasaban los minutos. Una necesidad de estar con él que llegaba incluso a dar miedo.

Violeta se encontraba sentada en el borde de su cama con la mirada perdida, intentando entender lo que había sucedido. Después de ocho años, la persona con la que había reído, llorado, amado y aprendido tanto, quién creía que iba a ser el amor de su vida y a quien seguía mirando con ternura en sus recuerdos más recientes, acababa de apartarla de su vida.

No había palabras de consuelo que la ayudaran ni libros de autoayuda y rupturas que la hicieran sentirse mejor. Ponía todos sus esfuerzos en distraerse y mantener la mente ocupada de aquellos recuerdos que asomaban no con buenas intenciones. Pero siempre acababa sucumbiendo a ellos y se sumía en una profunda nostalgia y ansiedad que la atrapaban hacía lo mas profundo de su ser.

Su cuerpo se había convertido en una cárcel. Ella quería reír y hablar con los demás, pero de su boca no salían mas que suspiros y sollozos.

¿Volveré a ser feliz de nuevo? Esta era otra de las preguntas que se hacía desde aquel día, pues si tenía ganas de algo era de ser feliz.

Los días fueron pasando y con ellos el dolor. Aquella presión en el pecho que parecía tirar de ella los primeros días fue mermando con el tiempo, así como los sueños en los que aparecía agarrada de su mano.

Poco a poco fue liberándose de su cárcel.

Lo que Violeta no sabía es que en tres años se mudaría a Madrid donde comenzaría a trabajar en el Museo Arqueológico Nacional y donde

conocería, ahora sí, al amor de su vida.

Madrid, 5 de octubre, 2022.

Era un día frío y lluvioso en la capital madrileña. Los paraguas inundaban las calles y miles de personas caminaban a paso ligero para llegar a tiempo al trabajo. El tráfico no era fluido aquella mañana y más de uno llegaría tarde. Pero no todos corrían bajo la lluvia. Violeta contemplaba la calle desde el interior de su cafetería favorita, rodeada de luces blancas y plantas que colgaban del techo. Le encantaba el aroma a café recién hecho y su momento favorito era cuando Carmen, la camarera, la decía que su tostada de queso y mermelada de arándanos estaba lista.

Allí había entrado la primera vez que salió del Museo Arqueológico siendo conservadora. Había trabajado muy duro por aquel puesto. Horas y horas de estudio, de sacrificio, de noches y días interminables recitando los temas en alto con la única compañía de su cronómetro. Peleando contra sí misma y la soledad que rodea a cualquier opositor. Pero finalmente lo había conseguido.

Cogió la taza con ambas manos y se la acercó a los labios. Sintió el calor del café rozándole la nariz y respiró. Era feliz con lo que tenía y no podía pedir más.

Se llevó a la boca el último trozo de tostada y se limpió los labios dejando un poco de café en la taza. Una manía que tenía desde siempre y que no parecía querer dejar de lado.

Se puso la chaqueta, se colocó el pelo, cogió sus cosas, acercó la taza y el plato a la barra y se marchó al trabajo. Aunque no le gustaba llamarlo así, porque cuando disfrutas lo que haces es mucho más que eso.

Hoy en el museo tenía que recibir al nuevo conservador en prácticas. Recordaba su primer día como si fuera ayer. Nunca antes había sentido tantas emociones juntas.

Miedo, alegría, nervios…Al fin y al cabo era un cargo muy importante y no sabía si estaría preparada para tal responsabilidad, pero si había logrado superar la oposición, es porque lo estaba.

Dejó el abrigo y el bolso en su despacho y se fue a recibir al nuevo conservador que la esperaba en el vestíbulo del Museo. Varios grupos de escolares se arremolinaban en la entrada nerviosos, otros formados por turistas se colocaban sus audioguías, también había parejas o familias que consultaban el plano y gente que venía sola a disfrutar de la cultura.

Junto al guarda de seguridad esperaba un chico alto, con el cabello oscuro, con un libro bajo el brazo. Cuando el guarda la vio, la saludó y

acto seguido él se giró. Ahora pudo verle mejor. Sus ojos verdes se clavaron en los oscuros de ella provocándola un escalofrío por la espalda.

Ella no lo sabía, pero estaba a punto de estrechar la mano a la persona que, dentro de un tiempo, la tendría entre sus brazos.

Él, por su parte, tenía delante a la persona que iba a quitarle el dolor que recorría su interior. Porque como Violeta, él tampoco sabía cómo dejar de amar a quien te aparta de su lado sin más.